

# PANORAMA DE LA CRISIS

Por Luis González-Carvajal Santabárbara

Hace ya treinta años escribía John Kenneth Galbraith:

«En nuestro tiempo el pesimismo está infinitamente más justificado que el optimismo: el hombre que prevé paz, prosperidad y disminución de la delincuencia juvenil es un tipo despreocupado y estúpido. El hombre que prevé catástrofes, posee unas dotes de perspicacia que son una garantía de que llegará a ser comentarista de radio, editorialista del *Time* o diputado»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> JOHN KENNETH GALBRAITH, *El capitalismo americano*, Ariel, Barcelona, 1972, p. 143.

Desgraciadamente, el tiempo le ha dado la razón: Desde 1960 hasta 1974 la economía española tuvo un crecimiento espectacular: un 7 por 100 anual en términos reales. Se habló del «milagro español». Prácticamente sólo nos aventajó Japón con su gigantesco promedio del 12 por 100 anual a lo largo de la década de los 70.

A partir de 1974 el mundo entero inició una terrible recesión económica, que en España se ha manifestado muy especialmente: Hemos acabado 1982 con el 17,06 por 100 de la población activa en paro. Veamos lo que esto significa.

## DIMENSIONES REALES DEL DESEMPLEO

Se llama *población activa* a los que, llegados a la edad laboral (16 años, según el Estatuto de los Trabajadores), se dedican a la producción de bienes o a la prestación de servicios (población activa *ocupada*) y a los que, *a pesar de buscar trabajo*, no lo encuentran (población activa *parada*).

De acuerdo con los criterios de la Organización Internacional del Trabajo (O.I.T.), quienes no buscan empleo constituyen la población *inactiva*, cuyos principales colectivos son los niños y adolescentes, las amas de casa y los jubilados.

Por lo tanto, los *desanimados* que, aunque les gustaría trabajar, *no buscan empleo* porque han perdido las esperanzas de conseguirlo, se incluyen en las estadísticas de los *inactivos*, y no en las de los parados, que arrojan así cifras inferiores a las reales. De hecho, a finales de 1980, casi medio millón de mujeres (474.000) contestaban en la Encuesta de Población Activa (E.P.A.) que no buscaban trabajo por pensar que sería inútil. Quiere esto decir que cada una de ellas el mismo día que, desanimada, dejó de

buscar trabajo, dejó simultáneamente de estar parada y se convirtió simplemente en inactiva.

También está de acuerdo con las normas de la O.I.T. la inclusión de los *activos marginales* (o sea, los que trabajan menos de un tercio de la jornada laboral normal) entre la población activa *ocupada*, lo que nuevamente favorece una lectura tranquilizadora de las estadísticas de parados. En el tercer trimestre de 1982 había 71.700 activos marginales.

Por último, los *temporeros* que no buscan otro empleo para trabajar el resto del año, tampoco figuran como parados, aunque haya en España un millón que sólo trabajan 6 de los 12 meses que tiene el año.

Y, a pesar de que todos estos criterios convencionales acumulan sus efectos para lograr que las estadísticas sean más optimistas que la realidad, veamos qué cifra aterradora de parados vamos a encontrarnos.

El Instituto Nacional de Empleo (INEM) facilita el censo de aquellas personas que acuden a cualquiera de las 500 oficinas que tiene repartidas por España en

busca de trabajo: 1.869.921 al acabar el tercer trimestre de 1982, que va a ser el período de referencia a lo largo de esta reflexión. (En febrero de 1983 se alcanzó la cifra de 2.207.866.)

Sin embargo, esas cifras no son fidedignas dado que, ante la impotencia de dicho organismo para facilitar trabajos, no se inscriben muchos de los que no tienen derecho a las percepciones de desempleo.

Existe otra fuente más fiable: la E.P.A., que se realiza sobre una muestra de 60.000 viviendas, y considera como parados a todos los mayores de 16 años que declaran no tener empleo y estarlo buscando. En el tercer trimestre de 1982 eran 2.134.000; el 16,4 por 100 de la población activa. (Y al final de año 2.234.800; el 17,06 %.)

Los datos que nos proporciona la última encuesta de población activa<sup>2</sup> aparecen resumidos en el siguiente árbol de la población española<sup>3</sup> (Página 3).

En la economía de mercado es normal que exista un *paro friccional* debido a que siempre hay un pequeño porcentaje de la población activa (1,5-2 %) en situación temporal de desempleo por haber abando-

nado un trabajo para incorporarse a otro más acorde con sus gustos o aptitudes.

Si ese porcentaje no sobrepasa el 2 por 100 se considera que la economía está en situación de *pleno empleo*. Nuestro 16,4 por 100 dice cuán lejos estamos de él.

También para los demás países occidentales el pleno empleo ha pasado a la historia, pero su situación no es tan trágica.

Nuestra tasa de paro es mucho más elevada que la que existe en los países de la O.C.D.E., que acabarán 1982 rondando el 10 por 100 de desempleados.

Además debemos tener en cuenta otro dato que hace todavía más desfavorable el resultado de la comparación. La población activa de los países del Mercado Común representa alrededor del 42 por 100 de la población total, sobrepasando el 50 por 100 en algunos países como Dinamarca<sup>4</sup>, mientras que en España es sólo del 34,39 por 100. Si entre nosotros pretendieran trabajar de manera económicamente activa el mismo porcentaje de ciudadanos que en los países del Mercado Común, nuestra tasa de paro subiría al 31 por 100.

<sup>2</sup> Encuesta de Población Activa. Avance. Julio, agosto y septiembre 1982, Instituto Nacional de Estadística, Madrid, 1982.

<sup>3</sup> Se trata de una adaptación y actualización del que publicó JULIO ALCAIDE INCHAUSTI en Papeles de Economía Española 8 (1981) 32 bis.

<sup>4</sup> Cfr. BANCO DE BILBAO, CEE: Empleo y relaciones laborales: Situación, mayo-junio, 1980.

## DE LAS ESTADÍSTICAS A LAS TRAGEDIAS INDIVIDUALES

Hasta aquí las estadísticas. Se atribuye a Lenin esta lúcida observación: «La muerte de un hombre es una tragedia. La desaparición de millones es una estadística».

Con el desempleo ocurre igual: Las estadísticas son tan asépticas que no permiten adivinar las tragedias personales que se ocultan bajo sus cifras. Por eso vamos a intentar acercarnos un poco a ellas.

### JOVENES SIN IDENTIDAD SOCIAL

El porcentaje global de 16,4 por 100 de parados no manifiesta la gran discriminación que existe según las edades: Entre los menores de 25 años el desempleo afecta al 39,6 por 100, y entre los mayores de esa edad al 9,64 por 100.

En un período de recesión económica los jóvenes son los más perjudicados: Llegan los últimos al mercado de trabajo, los puestos están ya ocupados y nadie crea puestos nuevos.

Por otra parte, los empresarios prefieren cubrir con trabajadores adultos las pocas vacantes que no puedan amortizar: su experiencia les hace inmediatamente rentables, suelen ser más constantes que los jó-

venes, no tienen el problema del servicio militar y por lo general son menos conflictivos laboralmente.

El siguiente testimonio de una joven que anda en busca de su primer trabajo puede hacernos intuir cuál será su estado de ánimo:

«En un año que llevo buscando trabajo, he enviado doscientos 'curriculum vitae', y el balance está rápidamente hecho: he recibido un centenar de respuestas, la mayor parte de este estilo: 'Su petición nos interesa mucho, pero desgraciadamente en este momento no podemos aumentar la plantilla de trabajadores'.

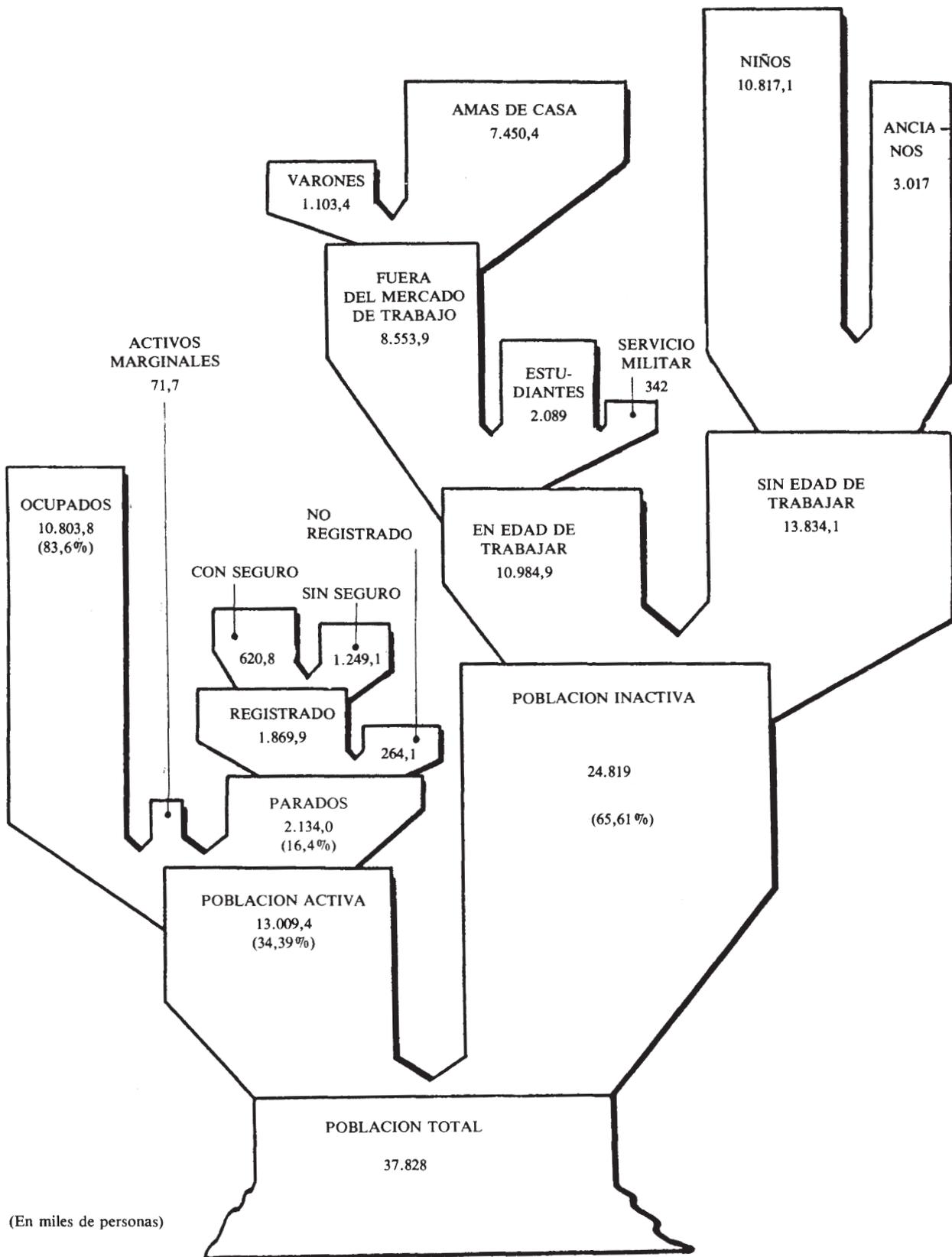
Muchos días no me he movido de casa esperando la llamada telefónica que me habían anunciado...

Hace un año que espero. Soy una carga para mis padres, que además me lo hacen sentir».

Lo que especifica la tragedia del paro juvenil es la necesidad imperiosa que se experimenta a esa edad de edificar la propia identidad personal y social.

Igual que es fundamental para el desarrollo del niño el *sentimiento de confianza básica* que en los primeros años de su vida le proporcionan las relaciones con la madre<sup>5</sup>, es también fundamental para el de-

<sup>5</sup> ERIK PETERSON, *Infancia y sociedad*, Hormé, Buenos Aires 8, 1980, pp. 222-225.



(En miles de personas)

### ARBOL de la POBLACION

Tercer trimestre 1982

sarrollo de la identidad social del joven otro sentimiento de confianza básica que se deriva de su integración feliz en la estructura productiva de la sociedad.

El paro prolongado es la revelación brutal de que uno no es necesario para la sociedad, y por eso, *el joven desempleado carece de identidad social*.

De hecho, si se pregunta a una persona adulta quién es, siempre incluirá en su respuesta en qué trabaja. La actividad profesional es uno de los ingredientes más importantes de la propia identidad.

Al carecer de trabajo se prolonga artificialmente esa edad que llamamos adolescencia en la que prima el aprendizaje sobre el trabajo. Se trata de lo que ha venido en llamarse «moratorium de la personalidad». Estudiar, sea lo que sea, ha pasado a ser la forma menos indigna de pasar el tiempo los jóvenes a quienes la sociedad mantiene en la adolescencia<sup>6</sup>.

Desgraciadamente, ese estudio a la fuerza no basta para motivar a los jóvenes y aparece un *sentimiento íntimo de inferioridad* con toda una *sinomatología depresiva*: culpa, tristeza, inhibición, timidez exagerada, inseguridad frente a la propia valía... No es difícil ver las consecuencias que tendrá todo eso sobre la futura familia que un día forme: El deterioro de su personalidad seguirá presente una vez superada la causa que lo produjo.

Algunos jóvenes reaccionan ante esa situación mediante *conductas asociales o incluso delictivas*. Se trata de alcanzar una identidad *a cualquier precio*.

En un estudio realizado sobre 1.200 jóvenes delincuentes ingresados en la cárcel de Carabanchel, de un 40 a un 45 por 100 de entre ellos estaban sin trabajo en el momento de su detención, y algunos llevaban buscándolo desde hacía dos años<sup>7</sup>.

Más recientemente, un Estudio encargado al Equipo de Investigación Sociológica (EDIS) por el Ayuntamiento de Getafe revelaba que en aquella localidad el 56 por 100 de los jóvenes desempleados no tiene reparo en confesar una conducta asocial: consumo de drogas, alcohol, atracos, acciones violentas, etc.

El Obispo Javier Osés muestra hacia ellos una justa comprensión:

«Me resulta no sé si imposible, pero sí sumamente difícil, anunciar el mensaje liberador de Jesús a unos jóvenes que viven esta esclavitud de un paro laboral sin perspectivas de solución a corto y medio plazo.

¿Cómo decirles que no tengan rabia, que mantengan la paz, que no roben, que no sean agresivos?»<sup>8</sup>

Una mención especial merecen los jóvenes que han pasado por la universidad. El problema del paro es todavía más grave para ellos que para los demás jóvenes. Bertolt Brecht diría que cuando devoraban los

libros se saltaron la página en que se les informaba que no iban a tener trabajo<sup>9</sup>.

A medida que asciende la titulación, resulta más difícil encontrar un puesto de trabajo. Quienes tienen estudios superiores tardan por término medio casi un 50 por 100 más de tiempo que los analfabetos en ser contratados: 10,2 meses frente a 7,3; aun cuando después su trabajo tiende a ser más estable<sup>10</sup>.

Así aparecen entre nosotros esas figuras extrañas de la «licenciada-canguero» (la que se dedica a cuidar niños), el «licenciado-portero» o el «ingeniero-obrero». Y eso a pesar de que la densidad de titulados en España es muy inferior a la de los otros países europeos. En 1972 teníamos 51 licenciados por cada 10.000 habitantes; la R.F.A., 259, Italia, 148 e Inglaterra, 174<sup>11</sup>.

Por desgracia, el desempleo juvenil no remitirá fácilmente: La crisis económica ha coincidido con la llegada a la edad laboral de los nacidos durante el *baby's boom* de los años 50 y 60. En los próximos 15 años hay que contar con un aumento anual de la población activa próximo a los 130.000<sup>12</sup>.

## ADULTOS AMENAZADOS POR LA «NEUROSIS DEL PARADO»

Un segundo colectivo duramente castigado por la falta de trabajo es el de los padres de familia. A finales de 1979, 356.300 parados eran «personas principales de la unidad familiar».

Normalmente, el adulto que pierde su trabajo pasa por tres etapas:

### 1. Presentimiento del cese

Todavía no ha llegado el paro, pero el peligro «flota en el ambiente». La empresa va mal. Cada vez que llega la noticia de un expediente de crisis, lo que llega realmente es una admonición dolorosa. La palabra que describe esta situación es *angustia*, palabra que, como es sabido, deriva del latín *angustus* (estrecho, angosto). Ocurre como si le arrebataran a la vida el aire para respirar y el espacio libre necesario para desenvolverse. Acecha un peligro frente al que nada puede hacerse. Por muchos esfuerzos que se hagan para que la vida familiar transcurra con normalidad, los hijos notarán un estado continuo de inquietud, de desasosiego, de algo que no es como antes.

Frecuentemente durante esta etapa la empresa se convierte en una jungla donde cada cual intenta sal-

<sup>9</sup> «Mientras estudiaba en la Escuela de Pekín no dejé de leer un solo libro de aeronáutica, pero me salté una página, justamente aquella en que se advertía que hay exceso de aviadores. Por eso soy un aviador sin avión, un piloto postal sin correo» (BERTOLT BRECHT, *El alma buena de Se-Chuan*, en su *Teatro Completo*, t. 4, Nueva Visión, Buenos Aires, 1978, p. 44).

<sup>10</sup> Cfr. *Encuesta de Población Activa (definitiva)*, octubre, noviembre y diciembre 1979, Instituto Nacional de Estadística, Madrid, 1981, p. 107.

<sup>11</sup> UNESCO, *Statistical Yearbook*, 1972. Citado por MARINA SUBIRATS, *El empleo de los licenciados*, Fontanella, Barcelona, 1981, p. 49.

<sup>12</sup> GRUPO DE TRABAJO SOBRE LOS PROBLEMAS DEL EMPLEO, *Población, actividad y ocupación en España*: Papeles de Economía Española 6 (1981) 209-235.

<sup>6</sup> Cfr. ALBERTO MONCADA, *La adolescencia forzada*, Dopesa, Barcelona, 1979.

<sup>7</sup> ANTONIO DE PABLO, *Paro y sistema capitalista en la España de hoy*: Documentación Social 30-31 (1978) 172.

<sup>8</sup> JAVIER OSÉS: Vida Nueva 1.255 (1980) 4.861.

vase del despido a costa de sus compañeros, lo cual aumenta todavía más la tensión.

## 2. Llegada del cese

Cuando por fin llega el cese, y como consecuencia de que la incertidumbre se ha disipado (aunque haya sido con resultado negativo), desaparece también la angustia. Luego vendrá otra vivencia distinta, pero durante los primeros días, el sujeto, absorto como está arreglando el seguro, etc., no toma todavía conciencia de su nueva situación.

## 3. Situación de cesado

Pronto llega un día en que ya no hay papeles que arreglar y da igual levantarse de la cama que quedarse en ella. En ese momento es cuando el desempleado toma conciencia brutalmente de su nuevo *status*. El estado anímico que aparece entonces es el de *frustración*, que es la situación que se produce cuando se ve obstaculizada la realización de un impulso vital.

De los hombres maduros se espera una resistencia a la frustración relativamente elevada, pero aquí las pruebas son muy fuertes:

- Hay que empezar a controlar drásticamente los gastos; y todos sabemos la importancia que han llegado a tener las «cosas» en la vida de una pareja. No en vano llamamos «sociedad de consumo» a la nuestra; si no se poseen «cosas», tampoco existe consideración social.
- Como los 2/3 de los parados ni siquiera tienen derecho al seguro de desempleo, pronto hay que escatimar incluso el consumo de artículos de primera necesidad (alimentación, vestido...), pasar por la vergüenza de pedir «fiado» en las tiendas, solicitar préstamos a los amigos y familiares, etc.
- Frecuentemente es necesario modificar los roles que la familia había elegido. Todavía hoy es frecuente que el padre trabaje fuera de casa, los hijos estudien y la madre atienda a la familia. Mientras el marido esté parado, quizás la mujer tendrá que salir a buscar trabajo fuera de casa, lo que se traduce casi siempre en aceptar tareas de servicio doméstico. Esto producirá al marido un complejo de inferioridad, agravado además por tener que asumir en la casa las tareas que antes realizaba la mujer: ir a la compra, llevar los niños al colegio, hacer la comida... Lo cual, si bien nos ha informado Margaret Mead que constituye la felicidad para los hombres de la tribu de los *tchambulis*, en Oceanía, no suele entusiasmar al varón hispano. Otras veces es necesario desescolarizar a los hijos mayores e introducirlos «como sea» en el mercado del trabajo.
- En los casos extremos el parado se verá empujado a actividades marginales: pedir limosna,

recoger cartón, revender billetes del Metro, hacer recados....

Únicamente las personas muy maduras podrán sobrellevar una inactividad prolongada sin que les acarree ningún deterioro psicológico. Como ha notado Brenner<sup>13</sup>, las tasas de hospitalización psiquiátrica aumentan significativamente durante las crisis económicas. J. Vie ha hablado de una «neurosis del parado». Igualmente, hace ya casi cien años señaló Durkheim que también el número de suicidios se dispara durante las etapas de recesión económica<sup>14</sup>. Lo mismo podría decirse del consumo de alcohol: En España el 38 por 100 de los alcohólicos son parados<sup>15</sup>.

En todo caso, y sin llegar a esos extremos, es fácil que se deterioren notablemente las relaciones interpersonales y el respeto mutuo dentro de la familia. Incluso después de volver a encontrar trabajo será difícil que el parado no conserve una sintomatología patológica.

## LOS COLECTIVOS MAS DEBILES

Sin duda, todas las regiones españolas están sufriendo la crisis económica, pero no todas con la misma intensidad. Desde el principio, Andalucía ha sido la región con mayor desempleo, llegando a doblar la media nacional. Poco a poco se ha ido acortando la diferencia (y no por haber mejorado Andalucía, sino por haber empeorado el resto).

Hay que decir que el paro andaluz es mucho más viejo que la crisis: A partir del Plan de Estabilización (1959) abandonaron la región por no encontrar trabajo en ella más de 1.500.000 hombres. Lo que ocurre es que, precisamente por marcharse de allí, no había desempleados en Andalucía; sin embargo, desde que estalló la crisis económica —dado que los obstáculos exteriores han contenido la emigración— se ha disparado el número de parados.

Paro o emigración: Esa parece ser la dramática disyuntiva en Andalucía, una región condenada secularmente a no poder dar pan a sus hijos. Y lo de la falta de pan no es una frase retórica: Como se trata de provincias predominantemente agrícolas, no tienen derecho legal a las prestaciones del seguro de desempleo, con lo que la situación se hace doblemente trágica. Según una encuesta del EDIS, el 42 por 100 de los parados andaluces tienen dificultades para pagar la casa, y el 31 por 100 han tenido que escatimar la alimentación y el vestido<sup>16</sup>.

Para el jornalero andaluz la inseguridad se ha hecho normal. Según un reciente estudio de la Junta de Andalucía, el 91 por 100 de ellos trabajan en fae-

<sup>13</sup> HARVEY BRENNER, *Mental Illness and the Economy*, Harvard University Press, Cambridge, 1973.

<sup>14</sup> EMILIO DURKHEIM, *El suicidio*, Schapire, Buenos Aires 3, 1971, p. 201.

<sup>15</sup> FRANCISCO JAVIER ALONSO, *El alcoholismo, problema que engendra marginaciones*: Documentación Social 28 (1977) 155.

<sup>16</sup> EDIS, *Estudio sobre la problemática del paro en Andalucía*, Fundación Friedrich Ebert, Madrid, 1979, pp. 441-580.

nas eventuales con enormes huecos de paro estacional<sup>17</sup>.

Hace ya cinco años se denunció la existencia de barrios donde casi la mitad de los trabajadores están en paro: La Chanca, en Almería; Polígono de Cartuja y Haza Grande, en Granada; La Palma, en Málaga; Cerro del Moro, en Cádiz; Torreblanca y Polígono Sur, en Sevilla...

En las tiendas de dichos barrios se exhibe el temible letrero de «No se fía». Y además es comprensible, porque el tendero es un pequeño comerciante sin posibilidades económicas.

Lo que viene detrás es peor todavía: niños buscando comida en las basuras, aumento notable de la delincuencia juvenil, prostitución, tráfico de drogas... Hay barrios donde se facilita gratis la primera dosis de «porro» a los jóvenes para «abrir mercado»<sup>18</sup>.

Los costes humanos de esta crisis económica seguirán presentes muchos años después de que desaparezca la crisis misma. Y, como siempre, serán los más pobres quienes paguen la factura.

Lo que hemos dicho de las regiones deprimidas puede decirse igualmente de los colectivos humanos más débiles: minusválidos, subnormales, etc., que incluso en tiempos de abundancia eran rarísimos los que encontraban trabajo (de 1.350.000 minusválidos, sólo 60.000) y ahora han sido los primeros en quedarse en la calle.

Desgraciadamente, se hace realidad el refrán de que «al perro flaco todo se le vuelven pulgas», y así podemos asegurar que **la crisis económica acentuará más la desigualdad social**, puesto que de ella saldrán especialmente maltrechos los más débiles. El día que volvamos a la normalidad, ellos se encontrarán desalojados de las posiciones que habían ido conquistando lentísimamente y al precio de inmensos sudores.

## ¡HACED ENTRAR A LOS CULPABLES!

Acabamos de ver que el desempleo es una realidad terriblemente aplastante; y por eso el hombre necesita encontrar un culpable. El peor sufrimiento consiste en no tener un rostro a quien poder acusar. Todos reaccionamos como aquel personaje de Camus que exigía: «Haced entrar a los culpables. Necesito culpables»<sup>19</sup>.

Según la Encuesta sobre Empleo realizada en 1979 por la Fundación FIES, la mayoría de los ciudadanos, haciendo una interpretación maniquea del desempleo, lo ha relacionado con dos grandes culpables: El Estado (78 %) y los empresarios (57 %) <sup>20</sup>. Pe-

ro la historia de la crisis económica nos va a mostrar que las cosas no son tan simples.

El sistema monetario internacional, que venía funcionando desde que acabó la Segunda Guerra Mundial basado en el dólar como medio de pago internacional, fue cuarteándose poco a poco debido a la constante pérdida de valor de dicha moneda. Estados Unidos llevaba años consumiendo sus reservas de oro y en cambio lanzando cada vez más dólares al mercado internacional para financiar su déficit exterior, costear sus bases militares y la guerra de Vietnam, etc..

Estas son las cifras: De los casi 25.000 millones de dólares en oro acumulados por Estados Unidos en 1949 únicamente quedaban poco más de 10.000 millones en 1969, mientras que la cantidad de dólares en papel lanzados al mercado internacional aumentó en el mismo período desde 6.400 hasta 35.700 millones. Ni que decir tiene que cada vez valían menos esos dólares de papel que tanta confianza inspiraban años atrás.

La crisis estalló en 1971, cuando el Banco Nacional de Bruselas pidió al de EE.UU. que le cambiara por oro sus reservas en dólares, obligando al presidente Nixon a anunciar el 15 de agosto la supresión de la convertibilidad del dólar en oro y, en seguida, una serie de devaluaciones. Ya nadie podía cerrar los ojos: el mercado internacional estaba corroído por la inflación y, lo que todavía era peor, ningún país sabía exactamente cuánto podía valer la moneda con la que le pagaban sus exportaciones.

Quienes supieron defenderse mejor ante esa incertidumbre fueron los países exportadores de petróleo, que en dos grandes tirones sucesivos llamados OPEP-1 (1973-74) y OPEP-2 (1979-80) hicieron pasar el precio de los crudos desde dos dólares el barril hasta 32-41 dólares, según los países y su calidad.

Sólo la primera subida —la de 1973-74— supuso a los países desarrollados tener que transferir a los países de la OPEP un 3 por 100 más de su P.I.B., si bien el porcentaje variaba mucho: entre un 1,6 por 100 para Estados Unidos y un 5,9 por 100 para Italia.

España tenía que ser especialmente sensible a esta subida porque, confiados en que nunca iba a faltar el suministro de energía abundante y barata, entre 1950 y 1970 habíamos multiplicado por 19 nuestro consumo de petróleo que, además, como todo el mundo sabe, tiene que venir de fuera. Nuestra dependencia petrolera del exterior es una de las mayores del mundo (un 66 %, mientras que el conjunto de los países de la O.C.D.E. es del 34 % y la de EE.UU. es sólo del 17 %).

De todas formas, no pretendo decir que la crisis de la economía española sea exclusivamente una crisis importada. Más bien habría que decir que los problemas llegados de fuera han puesto de manifiesto los fallos estructurales del modelo de desarrollo español.

Si se había logrado mantener el pleno empleo fue gracias a los tres millones de emigrantes que renunciaron a trabajar en España. Cuando a partir de 1973

<sup>17</sup> JOSÉ J. ROMERO E ILDEFONSO CAMACHO, *Empleo y paro en la crisis económica: análisis sectorial y categorial*: Revista de Fomento Social 36 (1981) 159.

<sup>18</sup> JOSÉ M. MAURIÑO Y JOSÉ GODOY, *El drama de los andaluces parados*: Documentación Social 30-31 (1978) 278.

<sup>19</sup> ALBERT CAMUS, *Calígula*; en sus *Narraciones y Teatro*, Aguilar, Madrid 7, 1979, p. 654.

<sup>20</sup> DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES DE LA FUNDACIÓN FIES, *Los trabajadores en paro*: Papeles de Economía Española 8 (1981) 40-85. Cfr. especialmente p. 81.

se cerró esa válvula de escape, la economía estuvo a punto de explotar.

Además, la fuerte protección arancelaria había hecho posible la supervivencia de un sistema productivo obsoleto y atomizado que sólo podía resultar rentable gracias a la energía barata y a los bajos costes salariales que permitía la ausencia de organizaciones sindicales de clase.

El hecho de que a España se le acabara la energía barata precisamente en el momento en que tenía que desmontar el sistema político autoritario y, por tanto, aumentaba la presión sindical sobre los salarios, agravó todavía más la tragedia.

El ministro Barrera de Irimo se encontró en 1974 con una subida del petróleo del 400 por 100. Sus asesores le explicarían que, según la curva de Phillips, tenía que elegir entre dejar correr la inflación o desatar el desempleo. Ambas cosas eran peligrosísimas

dada la situación política en que se encontraba España en aquel año, y el ministro pretendió que todo transcurriera como si no hubiera habido tal subida, subvencionando al sector productivo los nuevos costes mediante las reservas que se habían acumulado en las arcas del Banco de España durante los años del «milagro español».

Todo eso retrasó los ajustes necesarios, y ahora será difícilísimo que podamos recuperar el terreno perdido en relación con los países que, comprendiendo que se había iniciado una era energética diferente, se adaptaron desde el primer momento a ella.

El conjunto de todos esos factores ha servido para que nuestra economía tenga una inflación superior a la media de los países industrializados, un gasto público insostenible, un fuerte déficit exterior, y, como hemos visto, mayor tasa de desempleo que cualquier país de la O.C.D.E.

## UNA NUEVA ENFERMEDAD: EL INFLAPARO

A la vista de tantas tragedias todos nos preguntamos si existirá alguna salida para la crisis; y en busca de luz dirigimos nuestra atención al pasado.

La gravedad de nuestros problemas recuerda la famosa Gran Depresión de la década de los 30. En un sólo año (1932) quebraron en Estados Unidos 1.400 bancos; al año siguiente se llegó al 25 por 100 de parados. La situación era tan caótica que la confianza del hombre occidental en la capacidad del capitalismo para organizar la economía se vino abajo.

Y sin embargo, un gran economista, John Maynard Keynes<sup>21</sup> encontró la medicina que necesitaba el sistema para curar sus periódicas crisis: *Programas de obras públicas financiadas mediante déficits del presupuesto*. Un gobierno que gasta, y pide prestado lo que necesita gastar, puede eliminar el paro. Una vez conseguida la recuperación económica, como el Estado recogerá más tributos y gastará menos, podrá saldar las deudas contraídas.

Naturalmente, Keynes propugnaba una utilización del gasto público que permitiera llevar a cabo proyectos de utilidad social: viviendas, escuelas, hospitales, parques, etc. Pero en el peor de los casos, «la construcción de pirámides, los terremotos y hasta las guerras pueden servir para aumentar la riqueza»<sup>22</sup>. El caso es que algo ponga otra vez en marcha la activi-

dad económica, que luego se propagará como una reacción en cadena.

De hecho, aunque Roosevelt empezó a utilizar las recetas keynesianas bajo la bandera del *New Deal*, fue precisamente la Segunda Guerra Mundial quien logró acabar con la Gran Depresión.

Con esa experiencia, al comenzar la presente crisis hubo varios gobiernos que, fieles a la política macroeconómica de Keynes, introdujeron numerosos programas de expansión coyuntural, pero ninguno de ellos logró sacar a la economía de su estancamiento, e incluso empeoraron aún más la situación. Ahora se trataba de otra enfermedad.

Lo nuevo de nuestra recesión es que, en vez de ir unida a una deflación como pasaba en la Gran Depresión, viene de la mano de una inflación de costes: energía, materias primas, salarios, créditos, etc. La aceleración de las tasas de inflación que comporta la política keynesiana no era peligrosa partiendo de una deflación, pero resulta mortal hoy.

Ha surgido, pues, una nueva enfermedad a la economía capitalista: Estancamiento con inflación; lo que los ingleses llaman *stagflation* y nosotros podríamos traducir quizás por *inflaparo*<sup>23</sup>. Y nadie parece conocer todavía el remedio para la nueva enfermedad. Se pide a gritos la aparición de un nuevo Keynes, pero hasta ahora esos gritos se han perdido en el vacío.

<sup>21</sup> Cfr. ROBERT LEKACHMAN, *La era de Keynes*, Alianza, Madrid, 1970.

<sup>22</sup> JOHN MAYNARD KEYNES, *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, F.C.E., México 11, 1980, p. 120.

<sup>23</sup> El término es de MANUEL SIGÜENZA: *Papeles de Economía Española* 8 (1981) 407.

# ¿Y MAÑANA?

La crisis económica dura ya 9 años y, desgraciadamente parece tener todavía mucha vida por delante; lo cual, entre otras cosas, nos lleva a preguntarnos si una situación tan prolongada puede seguir llamándose «crisis». «Crisis», en efecto, es un estado agudo y momentáneo que desemboca pronto en una curación o bien tiene un desenlace fatal.

¿No podría ocurrir que hayamos entrado hace nueve años en una etapa muy diferente de la anterior y no nos hemos dado cuenta? Si fuera así, al no haber modificado nuestras políticas ni nuestros hábitos de vida, seríamos hombres absurdamente anacrónicos.